UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

DIOS DA TURRÓN...

DEL gran puerto bonaerense salieron embarcados los recién casados en uno de esos trasatlánticos que de atroces asustan y parecen ciudades, y aunque la travesía es larga, no tuvieron ocasión de aburrirse, ¡porque venían más ocupados! en mirarse como tontos, en besarse por todos los rincones, y en pensar y en decírselo, con la boca revenida de miel, que Dios había hecho cosa tan sublime como el amor exclusivamente para ellos: tan cierto es que el exceso de felicidad anubla el entendimiento y vuelve de capirote al más listo. Pero, como hay tiempo para todo, y más para el que sabe aprovecharlo, en los intervalos, apoyados sobre la borda ó sentados bajo la toldilla, mientras el aire salino les acariciaba á la manera del rústico que quiere agasajar con franqueza rayana en grosería, entrete-

níanse ambos en tejer ensueños, en echar sobre la endeble base del deseo los cimientos del hogar futuro en que habían de aislarse para gozar mejor del bien conquistado: él queria que fuese una casa con jardín inmenso como una selva, donde pudieran perderse y andar como los pastorcitos de las églogas, y junto á la cual tuviera la fabrica, que no debe estar reñida la realidad con la poesía; ella optaba por asentarla en el pico inaccesible de una montaña, donde la mirada humana no les molestara, con torrecillas y almenas, como las fortalezas, un lago de un costado, el mar abierto del otro y empenachada de nubes.

Él la quería en Francia, la refinada; ella, en Italia, la pintoresca; ó ya, mudando de capricho, en Alemania, la romántica; en Inglaterra, la nebulosa, y en los Andes ó en las pampas de la patria. Al cabo perdían pie, y muy seriamente pensaban si no fuera mejor edificarla en el seno de aquel mar, toda de topacios, esmeraldas y diamantes, ó allá arriba, bajo la cúpula del espléndido cielo americano, con la Cruz del Sur por remate.

En cada puerto creían ver uno y otro la ideal morada, irguiéndose entre el verdor de la orilla ó el azulear de la altura, y con-

venían en que no era esa ni aquélla; la suya, la propia era otra, y seguian acopiando materiales para construir, plantando arbolitos, trazando caminitos; ¡y cuánto adelantaba la obra, puestos le acuerdo los dos arquitectos! ¡qué hermosa parecía y qué magnífica! como hecha á expensas de la imaginación, que es tesoro que no se agota tan presto como el bolsillo.

Pues, señor: se acabó la travesía, desembarcando mi gentil pareja en la ciudad italiana que muy justamente llaman de apodo la *Soberbia* y la *Marmórea*, y la curiosidad les llevó de zarandillo, subiendo cuestas y bajando cuestas, aquí te muestro una iglesia, allí te enseño un museo, acullá un palacio, más lejos un cementerio y todo lo que los viajeros han de visitar si tienen piernas; mas los pobrecillos (dígase con la promesa de no divulgar el secreto), en achaques de arte no presumían de eruditos, y sacaban de tales andanzas caliente la cabeza y los pies molidos. Sonreía la primavera, estación deliciosa en que la juventud y el amor gustan de retozar por la campiña de bracero, y á vejeces arqueológicas, que huelen mal, y á cuadros respetables de muy respetables autores preferían ellos el aire, el sol, el cielo, el mar, las estrellas y las flores, la obra

magnífica de Dios, á quien todos admiran y comprenden!

Dejaron, pues, á la curiosidad, su guía fastidioso, y *tris, tras*, en un carricoche alquilón se marcharon adonde les dijeron que encontrarían lo que buscaban, que no estaba en los antípodas, sino tan cerca que en breve dieron con una verja muy suntuosa y un estirado señor, que ó era portero ó ministro, el cual amablemente consintió en que pasaran. ¡Oh, sorpresa! Aquélla, sí, era la suya, la propia, la única, la mansión soñada, nido ideal de su ventura. ¡Oh, maravilla! Algún mago astuto, sin duda, les robó, mientras dormían, el plano fantástico y por los aires le trajo hasta la orilla, realizando en una noche cuanto ellos imaginaron, cosa fácil para ese mago que llaman Trabajo.

La misma casa blanca, escondida entre la fronda; las mismas veredas serpentinas al través del jardín; el cenador misterioso en un altozano; las fuentes lloronas; el lago con sus barquillas; la gruta azul de artificio, que figuraba en pequeño la famosa de Capri...; y árboles y plantas raras de todos los climas, el café, el algodonero, el alcanfor, cuyas hojas despiden el olor característico á poco de apañuscarlas. Y animales,

todos los domésticos, todos los que se han sometido al hombre y son sus amigos, útiles ó hermosos. Junto á lo necesario lo bello, junto á lo bello lo ingenioso, como los juegos de agua que sorprenden y remojan, y la higiene y el arte en maridaje estrecho reinando en paz á la sombra de la cruz de la capilla gótica, frente al mar tendido en anfiteatro.

¡Ay! Mi parejita abría tamaño ojo y suspiraba. Sobre el césped, al borde de las fuentes, en la penumbra de la gruta, entre las flores y mariposas, parecía revolotear el amor con sus alitas de gasa. Aquel paraíso era el templo del amor. ¿Verdad, señor ministro ó señor portero? ¿verdad que aquí pasan su luna de miel algunos novios regios?

Ella hacía la pregunta, bajando la cabecita rubia con despecho. Y el estirado señor se dignaba dar informes: el propietario era marqués, un marqués riquísimo... ¡Rico y marqués!... ¡Qué feliz debía de ser! Mucho, mucho más que ellos todavía. ¿Era casado? ¿era soltero? ¿joven? ¿viejo? Pero el personaje no contestaba ya, por discreción ó por sordera. Ellos pensaban que sí sería joven, ¿cómo no?, y tendría su linda mujercita y su media docena de angelotes graciosos;

porque un paraíso sin ángeles. ¿quién lo concibe?

En esto notaron que el personaje se volvía y con gravedad señalaba hácia la casa:

—El señor marqués.

Y vieron que, sentado bajo el corredor, estaba un anciano, muy pulcro y muy tieso, de sombrero de paja, chaqueta de seda amarilla y un grueso bastón en la mano; miraba al mar con fijeza extraordinaria, y en medio de la alegría primaveral que le rodeaba, él solo se mostraba triste, profundamente triste, amarga representación de lo pasado, dolor viviente, nota de invierno que sombreaba el cuadro. Los que acercándose venían y le contemplaban, se detuvieron en el camino, y él siguió mirando al mar, como petrificado: aquel paraíso, del que él era dueño, no tenía para él encantos ni colores, é inútilmente la naturaleza, el arte y la fortuna se empeñaban en distraerle y consolarle.

Pasaban los otros y saludaron respetuosamente, y él no se movió tampoco; siguió mirando al mar, siempre fijo, indiferente al espectáculo de la vida.

La parejita envidiosa comprendió entonces, aterrada...

¡Era ciego!

LEYENDA COLOMBINA

ESTÉNSE quietos los zarandeados huesos del genovés insigne, que con ellos no va mi cuento... Este es la historia de un palomo de edad provecta y de una paloma blanca, donde se verá que la hembra sin hiel, símbolo de la pureza, las gasta igual que cualquier otra en los casos que el modernismo llama pasionales y la ancianidad presuntuosa calza los mismos puntos de ceguera y bobería entre irracionales que entre humanos. Y va de historia.

En un palomar, de cuyo dueño no quiero acordarme, vivía un palomo viejo, paticojo, de mondo copete, raleadas plumas y humor taciturno, el cual, cansado de dar pichones para la cacerola del amo, dejado de la mano de la cocinera por duro de pelar y poco apetecible, pasaba sus días adormilado sobre la paja del nido y sólo vencido por la

necesidad decidíase á bajar al jardín en busca de grano, arrastrando su pata con mucha fatiga. Ni el revoloteo triunfante de sus compañeros, ni el picoteo amoroso de tanta desvergonzada pareja sacaban de quicio ó sea de su hueco familiar á mi palomo viejo, sensible tan sólo al acoso del hambre ó del frio. Sus apagados ojuelos seguían indiferentes el paso coquetón y provocativo de tanta palomita sandunguera y la rueda de tanto palomino atontado y en sus filosóficas meditaciones, propias de sus años, se decía, tal vez, para su buche que el pico más rosado del mundo volátil no vale un buen cañamón. Tal estado de su ánimo alejaba, por supuesto, de su trato á la bandada juvenil que en torno suyo enredaba alegremente, que la vejez no es tolerable si la benignidad no la ennoblece y de sus tristes achaques no atenúa los efectos; antes, al contrario, la acritud se desprendía por todas sus plumas, como electrizada descarga, y no era flojo aletazo el que se ganaba el vecino, sin distinción de sexo ni edad, que, descuidado, entrometido ó revoltoso, le molestaba más de la cuenta.

Solo, pues, y odiado de los suyos el plumífero vejete se estaba en su nidal y hay quien afirma que, si insensible se mostraba

á las expansiones y juegos del amor, reíase á su manera siempre que el cuchillo asesino, por la mano cocineril esgrimido, ensangrentaba el cándido cuello del inocente que acababa de posar después de un vuelo embriagador entre la luz y los aromas... Lo cierto es que poco se le daba á él del espectáculo de la vida y de la muerte, en eterna y soberana lucha. Su pata inválida, su copete vencido, sus fuerzas perdidas le interesaban más y con razón. Los viejos todos y cuantos, sin serlo, envejecidos se sienten, hombres ó palomos, lo comprenderán mejor y ellos, como yo, han de absolverle; sobre todo si se enteran de cómo este helado egoismo halló fuego que le derritiera y licuase, fundido mágicamente en la encantada redoma en que todo sentimiento se transforma y sublima.

Mucho viento hacía una noche, de temerosa obscuridad y extraños ruidos. Con la cabeza bajo el ala dormía el abuelo, estremecido el palomar entero por los azotes de las ramas vecinas, cuando sintió cerca de sí algo que ni era roedor furtivo, ni humana garra en busca de inocente presa. Sin miedo alguno, porque ¿qué puede temer un palomo viejo, pobre y desplumado? el de esta historia se revolvió en su rincón, sacó

el pico fuera y el conocido tufillo de un congénere dióle enseguida en las narices. Bah! algún pichoncejo que, perseguido por el viento, se equivocó de nido. Y viniéronle tentaciones de arrojarle al patio, para que se lo comieran los gatos. Pero, pudo reprimir tan mal pensamiento y lastimoso ofreció el suave edredón de sus alas al intruso, mientras llegaba el claro día.

Y llegó el día y encontróse con que no era un pichón ruín el que entre sus alas cobijaba, sino la más blanca y hermosa de las palomas, con un listoncillo de seda rosa al cuello, preciada distinción que abonaba su mérito y la estima de su dueño. Ufano el vejestorio, enarcó los pelados cañones del copete, hinchó el pecho de apagados tornasoles y ensayó la airosa rueda con que en su juventud alcanzó los más grandes triunfos, al son de un arrullo cascado y gangoso.

—Señor palomo—pió la bella asustada—dispénseme usted si me he colado aquí sin su permiso. Soy de muy lejos. Me ví perseguida. Volé mucho. Y volando, volando, me soltaron un tiro, me sentí herida, me cogió la noche...

Herida! pobrecilla! y dónde? en la sonrosada patita, una rozadura de perdigón...

Ay! el provecto y agrio personaje sintióse súbitamente enternecido. Oh! crueles y desalmados humanos! perseguir así y largar una perdigonada á la inocencia misma y herirla, herirla en la patita! Tunantes! granujas!!

Nada, nada. Mientras no pudiera valerse por sí misma, él la traería por su propio pico el alimento, recordando los días de antaño y sus paternales campañas. La defendería también de la probable animosidad de los huéspedes del palomar y especialmente de la ogra de la cocina. Y antes rendiría la vida, miserablemente estofado con guisantes ó en arroz, que consentir que la ofendieran ó condenada fuese á la olla tarpeyana.

Nunca hubo dama mejor servida por caballero más galán. El bajaba, él subía; recorría el patio y el jardíu; ensayaba atrevidos revuelos en los alrededores, en busca de cañamones que ofrecía victorioso á la bella extranjera; hacía la guardia muy finchado delante de su feliz morada y como premio, como anticipo de su apasionado interés, obtenía muchas veces el delicioso privilegio de buscarla los piojillos. Se olvidaba de sí mismo el pobre enamorado y no comía porque ella se hartase, languidecien-

do de tal suerte que en pocos días quedó en los puros huesos y daba grima el mirarle.

Mientras no curó la herida de la interesante intrusa, todo anduvo bien y nadie se enteró de su presencia; pero, así que pudo moverse con desahogo, importándole una higa del protector se puso á la ventana y su belleza congregó en su torno á cuanto palomino calavera se preciaba de tenorio en todos los palomares de la vecindad. Hubo serenatas de armoniosos arrullos, duelos cruentos y encendida guerra; todos los pechos ardían, de celos, de rabia y de envidia y en los aleros de los tejados menudeaban de lo lindo los picotazos. En vano el viejo quiso poner paz y reducir á la coqueta; vencido é impotente, tampoco impidió que se fugara y con unos y con otros descaradamente en sus respetables narices refocilárase á capricho.

Y una noche, de mucho viento y de clara luna, otra vez sintió el triste que andaban en su rincón, descubriendo á la pérfida y á uno de sus cómplices que el propio nido intentaban profanar. Tal abominación no la consentiría jamás su lastimado orgullo... Infames avechuchos, más infames que los mismos hombres! Débiles sus fuerzas, no

pensó más que en arrojarles de su lado y con furioso aleteo y roncos graznidos, expresión de su indignada cólera, les empujó hacia el borde del agujero, resuelto á precipitarles en el patio: abajo, precisamente abajo, estaba la fuente, de enorme tazón lleno de agua, y poco les valdría el querer sostenerse en el aire; con el temor de la noche y la fatiga de la lucha caerían como una piedra y expiarían así su crimen, sino ahogados en el tazón, en las felinas fauces del micifuz de la casa, gran cazador y salteador de tejados.

Abierto el pico ofensivo, las alas amenazadoras, crispadas las garras, el palomo viejo se arrojó sobre los dos burladores, con más furia sobre la ingrata y desleal protegida, que así pagaba sus cuidados y su amor; la zamarreó el moño á su gusto, la llamó cuantas cosas feas merecía y como ella era respondona (hembra, al fin!) le puso verde y le golpeó á su vez, ayudada por el macho joven, que no había de dejar que la zurraran sin vilipendio. El viejo contra ellos y ellos contra el viejo, el éxito de la batalla no parecía dudoso y fué tal como podía suponerse: que antes que el viejo les precipitara en el vacío, le echaron ellos de cabeza y por milagro quedó prendido en la

saliente viga que servía de sostén á las habitaciones del último piso, teatro de esta tragedia.

Ciego por la ira y el dolor, el infeliz, guardando equilibrio con las cansadas alas, asentó la pata sana sobre seguro, buscando apoyo para continuar la lucha desventajosa; aun de fuera, cerca la viga de la ventana, era posible introducirse en el nido é intentar nueva acometida. Pero, la perversa hembra no le dió tiempo. Salió, y no como la otra del arca, con la rama de olivo, nuncio de paz, sino guerrera é iracunda; revoloteó un instante encima de la viga, mareó sabiamente al ya indefenso vencido y con súbito arranque le empujó al precipicio. Inertes las alas, no supo extenderlas y cayó en los frios abismos de la fuente el palomo...

Y á la luz de la luna, allá arriba, vió en la ventana del que fué su nido cambiar cariñosos ósculos á los amantes. Abajo, cerca de él, apareció la horrible silueta del gato verdugo. Entonces, mansamente, el desventurado se entregó á la muerte: sintió que le sacaban del agua, que le trituraban los huesos y ya entre los dientes asesinos su mirada de moribundo se clavó por última vez en la blanca damisela de la ventana,

allí arriba, tan tranquila cual si de nada malo hubiera de acusarse.

No se sabe que la justicia tomara cartas en el asunto. Yo juraría haber visto á los criminales en primorosa cestita, sujetos por cintas de seda, inmaculados como ampo de nieve, figurar en la procesión de las Candelas, sahumados de incienso, hermosos representantes de la inocencia...

RESURREXIT

Sonò un trompetazo... Por tres veces el apocalíptico clamor retumbó en el callado cementerio y como viento repentino que se levantara y sacudiera las colgantes ofrendas de negros cintajos y las agudas cimas de los cipreses, de tumba en tumba fueron sus terribles ecos despertando al silencio. Debajo de sus piedras se estremecieron los lagartos; graznaron los buhos; sobre el haz de la tierra removida, humano sembrado, corrieron multitud de lengüetas de fuego... Y por tres veces el silencio, guardián que se espereza, mira soñoliento y observa que todo está en su sitio y nada ocurre digno de atención, volvió á dormirse entre la humedad y la hediondez de su guarida. Tres veces también la luna apartó de sí el nebuloso encaje de la faz y la mostró radiante, alumbrando los sende-

ros, los blancos sarcófagos, las cruces hundidas, alzados los brazos en eterna plegaria. Y las flores, decapitadas sobre las losas, axfisiadas por el fénico aliento de la higiene, mueca histriónica de vida, dejáronse arrastrar como hojarasca y escondieron en los surcos las lágrimas y besos que guardaban.

La trompeta sonó por segunda, por tercera vez. Era llegado, acaso, el esperado día y por boca del Angel hacíase oir la divina orden de resurrección? El mundo no se había sacudido, ni rasgado el seno de los cielos; ningún nicho, abierto; ningún sepulcro, desocupado; ni sudarios ni fantasmas viéronse surgir de las cerradas huesas.

Sin embargo, en el fondo de su caja carcomida, en el olvidado rincón junto á la iglesia, bajo la lápida que los años y la incuria desgastaron y apenas el rastro conservaba de un nombre y de una fecha, el muerto se movió, mágicamente galvanizado por aquel son que estallaba en los aires como espantoso reclamo; encendióse en su vacío cráneo el pensamiento, apagada lámpara que luce de nuevo y por milagro; los pelados tarsos de sus dedos, incompletos, se extendieron, desasidas las manos suplicantes.

Y animada la esquelética armazón, encajó los fémures roidos, las costillas sueltas, las deseslabonadas anillas vertebrales y en los girones de la mortaja se envolvió para salir, obedeciendo á la voz de lo alto. Cedió la tapa de la caja y cedió también la lápida á su ligero esfuerzo y del negro foso, á la luz de la luna, apareció en el sendero, se escurrió entre las cruces.

Las cuencas miraban en redor, buscando otros muertos, compañeros de la otra vida, despertados como él al soberano conjuro; y como antes el eco, iba de tumba en tumba repiqueteando medrosamente los huesos. El silencio dormía. Las sepulturas todas permanecían cerradas. Sólo él, el difunto andariego, revivía en el callado cementerio.

Altas las tapias, con cerrojo las verjas, parecía difícil salvar el paso que las dos ciudades separa; mas ¿qué paredes, así sean las ciclópeas mayores que el hombre haya construido, y qué hierros, forjáralos el mismo Vulcano, pueden estorbar que una sombra se deslice por ellos y atraviese, impalpable, invisible, y entre los vivos vaya á mezclarse? así el muerto hendió el muro y por esas callejas furtivo se largó á escape.

Veinte, treinta, cuarenta años (que en su mente enmohecida el recuerdo no palpitaba con intensidad, sino confuso y debilitado) cincuenta años de sueño mortal, de alejamiento terreno, son años sobrados para que en la evolución constante de la vida, todo, piedras y personas, sufra las transformaciones y mudanzas inevitables. Ni calles, ni casas, ni nada reconocía el resucitado; donde le llevaba el querencioso instinto y esperaba encontrar el solar de su familia, veía una plaza muy grande ó una construcción extraña ó un parque inmenso: veía cosas asombrosas, ignoradas, que el rezagado entendimiento apenas concebía. Era aquella su ciudad natal? aquellos tan singularmente vestidos que á su lado pasaban sin descubrirle, eran acaso los hijos de sus hijos? y la luz y el bullicio, indicio de alguna fiesta extraordinaria? Todo distinto, todo renovado, patas arriba todo, daba el muerto vueltas desorientado, por las esquinas, por los tejados, ya á ras del suelo, ya en los aires, hendiendo paredes, introduciéndose en las chimeneas, ora á caballo sobre un rayo de luna, acompañado del tecleo incesante de sus huesos. Dónde, dónde estaba la casa, nido de sus amores, cuna de sus hijos, templo de su culto, lacrimato-

rio de su memoria imperecedera? Porque si Dios le había permitido tornar á las agitaciones del ser, antes de la hora suprema del Juicio, un minuto que fuese quería dedicarlo á sus deudos amados.

Le arrojó una ráfaga de viento á un patio y de este patio á un jardín y del jardín á otro patio más grande. Y reconoció, al fin, el patio y la casa y las personas. Era su casa aquella y su familia aquella: su mujer, su hijo mayor, el más pequeño, su nuera, todos muy cambiados, como si el tiempo se hubiera entretenido en disfrazarlos con burlescas pinceladas. Faltaban sus dos hijos menores y su suegra. En cambio, estaba allí su enemigo, su odiado rival del oficio, que tantos disgustos le causó en vida, instalado como dueño y señor, como reemplazante suyo, y su mujer le hablaba con las mismas palabras melosas, con la misma voz acariciadora que á él en sus ratos de ternura. Estaban con ellos también otros más, bien talludos, desconocidos para él, hijos de su mujer y de su enemigo, tal vez, familión legal y consagrado, puesto que él, borrado del mundo, no era ya nadie ni su recuerdo alentaba siquiera.

Tan borrado del mundo, tan olvidado, que no escuchó palabra ni vió nada que

demostrara en alguna forma su reinado en aquella casa y sobre aquella familia, su acción, su gesto, el predominio de su alma. Todo lo que suyo era ó algo suyo representaba lo había arrancado la indiferencia y sepultado estaría en el desván, arrojado, como él, para que no les enturbiara el alegre curso del vivir.

Sintió el muerto la amarguísima angustia que en muchas ocasiones de su aperreada existencia, no sentida, especial privilegio, en sus largos años de sueño en el campo-santo, y por sus cuencas vacías corrió el lloro humedeciendo la mortaja.

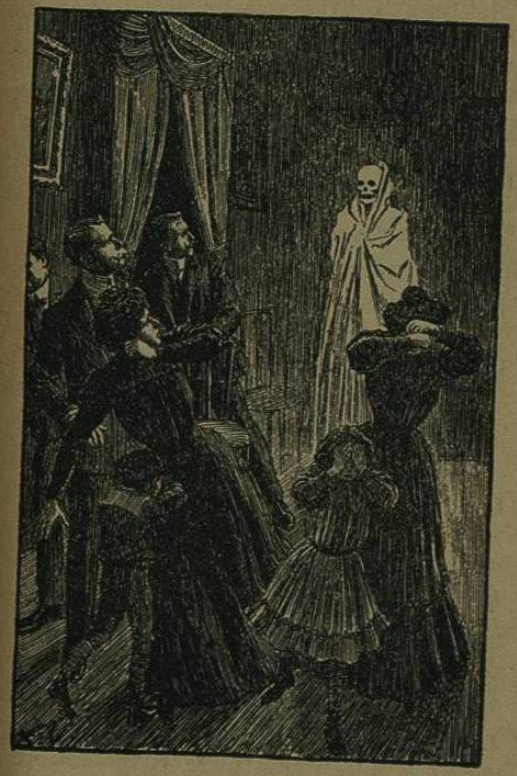
—Mujer ¿no me conoces? hijos, ¿no me conoceis? tú, mi enemigo, ¿sabes quién soy?

Dijo la calavera, con temeroso rechinar de las quijadas. Y sobre cada uno asentó la pelada mano. Las pasiones todas despertaban en su pecho y como los gusanos que le despojaron de su ropaje carnal, hervían dentro de él y le mordían cruelmente.

—Soy tu marido, soy vuestro padre, ¿no me reconocéis?

Ellos no oían la voz, pero experimentaban algo extraño, desasosiego penoso. Alguien andaba allí cerca. La mujer se persignó y dió un suspiro. Al mismo tiempo, el aire

apagó la luz y sobre el fondo obscuro de la pared se dibujó la fosforescente silueta del



esqueleto. Un solo grito resonó entonces en la estancia y despavoridos huyeron todos de

la horrible visión, estremeciéndose la casa entera, como si un terremoto la sacudiera en sus cimientos.

Rióse el muerto sarcásticamente. Ah! no le reconocían! huían de él con miedo y con asco! Por su desdentada boca fluyeron hilos de amargura... ¡Como reconocerle, sin embargo, si todos los muertos son iguales! El murmullo de los rezos, que del fondo de la casa venía, deprecación por aquella alma que, sin duda, estaba en pecado mortal cuando tornaba á la tierra donde no podía volver, acarició su oido. Era el *requiem* eterno, la piedra sepulcral, debajo de la cual debía permanecer quietecito hasta el día del Juicio, extraño á todo, sin amores ni odios, libre de la gusanera de los sentimientos y de las sensaciones.

—Alma vagabunda—decían allí dentro las voces de la mujer y de los hijos—retorna á tu hoyo y duerme en paz. Qué buscas aquí? Tu puesto está ocupado, tu cariño dado á otro, tu fortuna á otro entregada. Aquí nos estorbas, nos asustas, nos molestas y repugnas. No podríamos vivir un minuto, si persistieras en mostrarte entre nosotros, tan asqueroso estás y de tal manera nos causas espanto. Sal, márchate, que hemos de valernos de todos los exorcismos para

obligarte á abandonarnos... *Requiescat in pace.*

Una nueva ráfaga de aire empujó al muerto hacia el patio. La luz, que resplandecía otra vez al conjuro de mano invisible, le ahuyentó también y sintióse elevar hasta el tejado, y de tejado en tejado, como hoja seca, llevar por las alturas de la gran ciudad, desterrado eterno, condenado á la soledad, á la obscuridad y al olvido.

Cuando llegó al cementerio, cantaban los gallos. La luna, muy blanca, se esfumaba entre las grises tintas del amanecer. Y de pronto, retumbó colosal trompetazo en el contorno, como el que el resucitado tomara antes por el llamamiento del Angel, y rozando las tapias, con estruendo espantoso, pasó veloz el automóvil del Progreso...

El muerto buscó su sepultura, levantó la losa y se acostó en la caja, suspirando tristemente, dispuesto á no moverse más, ya que el Pasado no debe volver y los muertos sólo á la vida de la inmortalidad han de despertar!